

ra, sobre el milagro de Josué, como la prueba concluyente de mi proceso.»

Al fin, abrumado de dolores físicos y morales, por no sufrir el tormento y la muerte, tuvo que ceder GALILEO e hizo pública y solemne retractación de sus doctrinas el 22 de junio de 1633. Con una cuerda al cuello, de rodillas y con los pies desnudos, le fué dictada la siguiente declaración:

«Yo, GALILEO, a los setenta años de mi edad, hallándome prisionero y de rodillas delante de vuestras eminencias, teniendo delante de mis ojos los Evangelios que toco con mis propias manos, abjuro y detesto el error y la herejía del movimiento de la tierra.»

Después de esta abjuración, disculpable por la situación y edad de GALILEO, éste golpeó el suelo con el pie y dijo en voz baja ante sus jueces-verdugos: «E PUR SI MUOVE...!» (y sin embargo se mueve).

Frase sublime que borra la debilidad del glorioso anciano y que, como dice un escritor, «proclama la verdad hasta en el momento de renegar de ella bajo la opresión.»

GALILEO pasó el resto de sus días bajo la vigilancia de la Inquisición. En 1636 perdió enteramente la vista y falleció el 8 de octubre de 1642, a la edad de 74 años.

Hoy se ve en Florencia el mausoleo que se le erigió posteriormente, cuando sus cálculos se han proclamado por la ciencia, contra los sofismas de todos los religiosos que querían conciliar las Escrituras con la verdad.

GALILEO inventó el termómetro de agua y construyó el primer telescopio, con el que reconoció la luna, midiendo sus montañas y creando la verdadera selenografía; descubrió las innumerables estrellas de que se componen ciertas nebulosas aparentes, como también los satélites de Júpiter, y los de Saturno y su anillo, las manchas del Sol y las fases de Venus, viniendo a ser el creador de la astronomía moderna y de la física positivista. Escribió innumerables libros, entre ellos el «Saggiatore», que es una obra de polémica contra el P. Grassi, y otros muchos trabajos que figuran bajo el epígrafe «Scripte varii», en la «Colección diamante» de Barbera (Florencia).

Concluyamos estas simples notas con los siguientes versos de Quintana:

«Siente bajo sus plantas Galileo
nuestro globo rodar: la Italia ciega
le da por premio un calabozo impío
y el globo en tanto sin cesar navega
por el piélago inmenso del vacío.»

X.

El “intervencionismo” fracasado¹

La Oficina del trabajo del Departamento del Comercio y Trabajo de Washington ha publicado un extenso y minucioso informe examinando las distintas formas y aplicaciones del seguro obrero en los muchos pueblos ci-

vilizados que en los últimos años del siglo XIX, y en los que van del que corre, legislaron acerca de él. Todos los procedimientos imaginables se han implantado, desde el que hace de este seguro un monopolio del Estado, hasta el que consiente que cada patrono se entienda con la sociedad que le plazca para garantizar sus responsabilidades legales hacia el obrero. Desgraciadamente, *los frutos de esta legislación no han sido en ninguna parte tan dulces y sabrosos como se prometía. Han impuesto una grave carga al capital productivo, con la inevitable restricción que toda carga lleva a los desenvolvimientos*

¹ Baldomero Argente es un espíritu bastante clarividente. Su monarquismo y sus ideas religiosas no le son obstáculo para que sus trabajos de crítica social tengan el valor de afirmaciones que, a pesar de haberlas ya formulado hace años la escuela libertaria, no desdeñaríamos firmar ahora. De esta clarividencia nos da una nueva prueba en el notable estudio que con el título que encabeza hallamos en el número 11 de la revista rondeña *El impuesto único*, del 19 de Octubre de 1812. El reformismo de los socialistas parlamentarios sale tan mal parado, que nos place trasladar a nuestras columnas la parte más sustancial del varapalo que, asestado por nosotros, tacharíase de sectarismo. Nos permitimos subrayar para fijar la atención del lector obrero.—N. de la R.